

LA SEMILLITA



Un cuento sobre crecer acompañada: de raíces que sostienen, manos que cuidan y una comunidad entera que hace florecer.

I PARTE I

La semillita no llegó en un sobre de papel, ni la trajo una ráfaga de viento de un lugar extraño. Cayó con un suave y sordo *clack* desde la ramita de una planta compañera que crecía justo al lado. No cayó en cualquier lugar; el destino o la vida la dejaron caer en una tierra buena, suave y negra.

Allí abajo, donde no se ve nada pero se siente todo, la semillita descubrió el **Arru**.

Era ese humus espeso, cargado de hojas antiguas que el tiempo había vuelto caricia, una tierra que no solo la cubría, sino que la alimentaba. El Arru sabía a bosque húmedo, a vida madura, y se sentía como una manta tibia que la protegía del frío de afuera. Era un terreno generoso, un suelo fértil que parecía decirle:

***“Estás a salvo en este hogar,
cuando tú quieras puedes comenzar”.***

Al principio, la semillita se quedó muy quieta, acurrucada en su cascarón, disfrutando de ese sabor a hogar. Pero la tierra no estaba en silencio. Si prestaba atención, a través del Arru viajaban zumbiditos sutiles. Eran las raíces de las plantas vecinas, sus amigas del huerto.

Las raíces no invadían su espacio; se extendían a su alrededor como brazos abiertos que sostenían el suelo para que no se desmoronara. Una raíz más vieja, gruesa y nudosa, pasó muy cerca de ella y, al rozarla, pareció dejarle un mensaje en el agua del subsuelo:

***“No tengas prisa, pequeña flor,
bebe del Arru, que aquí hay mucho amor.
Si el suelo se mueve o empieza a temblar,
nosotras las raíces te vamos a abrazar”.***

Sabiéndose tan cuidada por sus amigas y tan mimada por el Arru, la semillita sintió que el miedo se transformaba en unas ganas enormes de estirarse.



ASHOKA

COMUNIDAD COLIDER I NIÑEZ Y JUVENTUD

II

PARTE II



Además de los susurros de sus amigas las raíces y del abrazo tibio del Arru, la semillita empezó a notar que el suelo se volvía una fiesta de sorpresas con las cuales jugar. A veces, la tierra se ponía esponjosa y, desde arriba, bajaban unas gotas de agua fresquitas que la bañaban por completo y la hacían reír por dentro. Otras veces, sentía llegar una comidita deliciosa, un alimento dulce y suave que se colaba entre los granos de arena y que la llenaba de energía.

Ella no sabía quién mandaba el agua ni quién preparaba esa comidita, pero sentía el cariño en cada gota y en cada bocado. Con sus amigas sosteniéndola y el mundo entero mimándola, la semillita se convenció: estaba lista. Ya no tenía por qué seguir siendo una esfera pequeña y cerrada.

*Es hora de estirarme y salir a jugar,
la tierra me cuida, no voy a dudar.*

Hizo un esfuerzo desde el fondo de su corazón. Su cascarón, que antes la protegía, se abrió con un crujido suave para dejar salir su verdadera esencia. Primero, estiró una patita blanca hacia abajo, hundiéndose más en el Arru para abrazar a sus amigas raíces. Y luego, concentrando toda su fuerza en la punta de su cabeza, abrió la puertita de la tierra y asomó su primer brote hacia el afuera.

Al cruzar esa puertita, el mundo se volvió un laberinto de sensaciones nuevas. Su tallito, que ahora era un hilo verde y tierno, descubrió que el entorno cambiaba a cada centímetro. A ratos avanzaba por zonas húmedas y frescas donde daba gusto balancearse, y al ratito se topaba con ráfagas calientes y deslumbrantes que la hacían encogerse un poco, asustada por tantas cosas nuevas.

Fue en uno de esos momentos de calor intenso, mientras se preguntaba qué era ese espacio tan enorme, cuando escuchó un zumbido alegre cerca de su cabecita.

III

PARTE III

Al principio, cuando la semillita —ahora un tierno brote— asomó la cabeza, ver aparecer aquellas formas gigantescas desde el cielo la asustó muchísimo. Eran unas manos enormes, con dedos largos que venían manchados de tierra pero también el frescor del agua. La plantita se encogió, temiendo que esas moles la aplastaran.

Pero las manos se acercaron con una delicadeza asombrosa. No venían a lastimar.

Una tarde en que el viento soplaba con demasiada fuerza y el tallito de la planta se doblaba tanto que sentía que se iba a romper, las manos aparecieron. Con mucha suavidad, enterraron un palito firme y derecho justo a su lado, y con un hilo de algodón la abrazaron a él.

***“Quédate derecha, plantita linda y amada,
apóyate aquí y no temas a la ventolera helada”.***

parecieron decir los dedos al rozarla. La plantita se sintió sostenida, segura para seguir mirando hacia arriba.

Con los días, la confianza creció. La planta aprendió a reconocer el ritmo de las manos. Sabía que cuando la tierra se ponía un poco dura, las manos traían un objeto extraño, una herramienta de metal que removía el suelo alrededor de su base, haciéndole cosquillas y dejando que el aire volviera a entrar hasta el Arru.

Sin embargo, no todo el cuidado era suave. Una mañana, la planta amaneció con una hojita enferma, manchada y pesada que le quitaba las fuerzas. Vio venir las manos, pero esta vez traían unas pinzas brillantes. La planta se asustó y quiso encogerse. ¡Íban a cortarle una parte de sí misma! Sintió un “¡clic!” y un pequeño tironcito que le dolió un poquito.

Pero apenas unos minutos después, al notar que la mancha fea ya no estaba, sintió que su savia corría más libre y ligera. Comprendió que esas manos sabían lo que hacían: a veces, para ayudar a crecer, hay que quitar lo que pesa.

Rodeada de sus amigas las raíces abajo, y mimada por las herramientas y las manos sembradoras arriba, la planta empezó a perder el miedo a crecer torcida. Estaba lista para fortalecerse y, ahora sí, empezar a pensar en sus primeros botones florales.

IV PARTE IV

La planta seguía creciendo, sintiéndose cada vez más segura en su rincón del mundo. Sin embargo, el huerto no era un frasco de vidrio aislado; afuera había movimiento, risas, juegos y un clima que cambiaba constantemente.

Una tarde, el cielo se puso extrañamente pesado y el sol comenzó a picar con una fuerza feroz, una de esas oleadas de calor que resecan hasta el alma. La plantita, exhausta, empezó a agachar sus hojitas. Las manos sembradoras de siempre no estaban cerca. Sintió miedo de marchitarse. Pero justo cuando el calor era insoportable, una sombra fresca la cubrió. No era una nube; eran unas manos diferentes, más pequeñas y con pulseras de colores, que sostuvieron un cartón viejo sobre ella para regalarle un oasis de sombra. Otra mano distinta, que olía a jabón, derramó un chorrito de agua fresca en su base. La planta suspiró aliviada: el peligro del sol se había esfumado gracias a un equipo inesperado.

Pero la verdadera prueba llegó unos días después.

El huerto se llenó de gritos alegres y ruidos de carreras. De pronto, un objeto enorme, pesado y de cuero —una pelota— cruzó el aire a toda velocidad. ¡Iba directo hacia ella! La planta no pudo encogerse. El impacto fue seco. El palito que la sostenía se quebró y su tallo principal quedó peligrosamente inclinado, rozando el suelo, con el corazón latiéndole a mil por hora.

Todo se quedó en silencio. La planta pensó que era el final.

Sin embargo, en cuestión de segundos, el suelo vibró. No llegó una persona; llegaron muchas. Escuchó un coro de voces preocupadas allá arriba. Unas manos pequeñas (las que jugaban) se acercaron pidiendo disculpas con suavidad, levantando la bola con extremo cuidado. Otras manos, más firmes y grandes, revisaron su tallo con delicadeza, aliviadas de ver que no se había roto del todo. Una tercera persona trajo un palito nuevo, aún más fuerte, mientras otra acomodaba el Arru alrededor de sus raíces dañadas para volver a darle firmeza.

La plantita, asombrada entre tantas caricias y mimos simultáneos, entendió algo maravilloso: no le pertenecía a un solo sembrador. Todo el barrio, grandes y chicos, estaban pendiente de ella.

Sintiéndose tan protegida por ese escudo humano y comunitario, la planta sanó. El susto se convirtió en fuerza y, una mañana, su tallo coronó el esfuerzo de tantos meses: abrió su primera flor. Era una flor hermosa, de pétalos abiertos que reflejaban la luz del Sol.

El aroma de su flor no tardó en llamar la atención. Un zumbido alegre y vibrante anunció la llegada de una abeja mensajera. Se posó suavemente en sus estambres, haciéndole un tierno cosquilleo.

*—¡Vaya, vaya! —dijo la abeja,
sacudiéndose el polen que deja—.
Tus hojas cuentan una historia,
tus pétalos brillan de victoria.
Dicen que el viento te hizo llorar...
¿Quién te enseñó a volver a brotar?*

*—Tuve miedo —confesó ella con timidez,
abriendo sus pétalos con gran altivez—.
Pero muchas manos que me aman con frenesí,
vinieron juntas y cuidaron de mí.*



*—Es que en este huerto nadie crece solito—
respondió la abeja con tono bonito—.
Yo recorro jardines y te aseguro con amor,
que un coro de humanos te hace mejor.
Con tu polen volaré por los rincones,
¡tu belleza alimentará muchos corazones!*



La planta miró hacia abajo. Las raíces de sus amigas seguían abrazándola en secreto; las manos de los niños y de los grandes andaban cerca, regando y barriendo las hojas secas. Por primera vez, comprendió que el fruto que daría muy pronto no sería solo suyo, sino un regalo de agradecimiento para todo el ecosistema que la vio nacer.

V PARTE V

El tiempo siguió su curso en el huerto. El tallo de la planta creció, se hizo más ancho y robusto; justo en el lugar donde el golpe de la bola casi lo dobla por completo, se volvió más grueso y fuerte. Le quedó una pequeña marca, una cicatriz sutil en la corteza, pero esa marca ya no dolía; era el recordatorio de que había sobrevivido gracias al amor de su comunidad.

Pronto, siendo más alta que quienes la cuidaban y fuerte, dio flores las cuales dieron paso a los frutos. Eran unos frutos redondos, dulces y llenos de vida, que colgaban pesados de sus ramas. Una tarde, las manos regresaron. Vinieron las manos del primer sembrador, las manos de los niños que jugaban, y las manos vecinas que le habían dado sombra. Juntos, con risas y compartir, comenzaron la Cosecha.

La plantita ya era un árbolito, desde su lugar en la buena tierra, miraba la escena con una alegría profunda. Vio cómo los frutos se repartían entre todos: un niño mordía uno con una sonrisa, una vecina guardaba otros para convertirlos en panecitos rellenos, y las semillas que caían al suelo volvían a alimentar al Arru para el futuro.

Este arbolito comprendió entonces el verdadero **secreto del huerto: no había crecido para sí misma. Su esfuerzo, su resistencia tras el golpe y su florecimiento eran un regalo colectivo. El fruto de la crianza compartida no le pertenecía a un solo sembrador, sino a todo el ecosistema que se atrevió a cuidarla.**

Y allí, con sus raíces bien sujetas a las de sus amigas y sus ramas abiertas al cielo, la planta supo que, pasara lo que pasara, nunca estaría sola.

Autoría:
Linnette Guevara.

